



Universidad  
Nacional  
de Rosario

Departamento de Italianística  
FHyA

---

## **Natalia Ginzburg y su amor a la vida**

**Irina Claverol**

**Mail:** [iri.claverol@gmail.com](mailto:iri.claverol@gmail.com)

### **Cómo citar este artículo:**

Claverol, I. (2024). "Natalia Ginzburg y su amor a la vida". Trabajo final presentado en el marco de la cátedra de Literatura Contemporánea, parte especial de Literatura Italiana, noviembre 2024, Rosario, Santa Fe, Argentina.

---

## Resumen

El presente trabajo busca rastrear los modos en que Natalia Ginzburg esboza en sus ensayos un ideal educativo basado en el amor a la vida y en la aceptación del destino roto de los hombres. Entendemos aquí “ideal educativo” como las distintas formas que la autora encuentra para habitar un mundo que se ha vuelto inhóspito. Así, proponemos la posibilidad de que, a partir de la construcción de un nosotros familiar que le sirve de amparo frente al mundo y lugar de transmisión de valores, Ginzburg teja una ética inquebrantable (Barajas, 2017), una posición ante la vida.

Es precisamente en esta posición donde leemos una invitación a mirar más allá de nosotros mismos, a empujar nuestros pensamientos más allá del alternarse de esperanzas y nostalgias en la que transcurre nuestra suerte (Ginzburg, 2021a). Natalia nos insta a elegir “no ser diabólicamente infelices” (Ginzburg, 2021b, p. 110), a amar la vida e invitar a nuestros hijos a amarla, porque solo “el amor a la vida genera amor a la vida” (p. 164).

Palabras clave: Ginzburg – nosotros familiar – ideal educativo – amor a la vida.

## Riassunto

Il presente lavoro si propone di tracciare i modi in cui Natalia Ginzburg delinea nei suoi saggi un ideale educativo basato sull'amore per la vita e sull'accettazione del destino spezzato degli uomini. Qui intendiamo “ideale educativo” come le diverse forme che l'autrice trova per abitare un mondo divenuto inospitale. Proponiamo così la possibilità che, a partire dalla costruzione di un “noi familiare” che funge da riparo dal mondo e da luogo di trasmissione dei valori, Ginzburg sviluppa un'etica incrollabile (Barajas, 2017), una posizione di fronte alla vita.

È proprio in questa posizione che leggiamo un invito a guardare oltre noi stessi, a spingere i nostri pensieri al di là dell'alternarsi di speranze e nostalgie in cui si svolge la nostra sorte (Ginzburg, 2021a). Natalia ci esorta a scegliere di “non essere diabolicamente infelici” (Ginzburg, 2021b, p. 110), ad amare la vita e a invitare i nostri figli ad amarla, perché solo “l'amore per la vita genera amore per la vita” (p. 164).

Parole chiave: Ginzburg – noi familiare – ideale educativo – amore per la vita.

**Abstract**

This paper examines how Natalia Ginzburg, in her essays, outlines an educational ideal grounded in a love for life and an acceptance of the broken fate of humankind. Here, we understand "educational ideal" as the various ways the author finds to inhabit a world rendered inhospitable. We argue the possibility that, by constructing a familiar "we" that serves both as a shelter from the world and as a place for transmitting values, Ginzburg weaves an unbreakable ethic (Barajas, 2017), a stance towards life.

It is within this stance that we discern an invitation to look beyond ourselves, to push our thoughts beyond the alternation between hope and nostalgia in which our fate unfolds (Ginzburg, 2021a). Natalia urges us to choose "not to be diabolically unhappy" (Ginzburg, 2021b, p. 110), to love life and invite our children to do the same, for only "love for life generates love for life" (p. 164).

Keywords: Ginzburg – a familiar we – educational ideal – love for life.

## Natalia Ginzburg y su amor a la vida

Irina Claverol

Mail: [iri.claverol@gmail.com](mailto:iri.claverol@gmail.com)

“*Non sono mai stato tanto attaccato alla vita* [Nunca me aferré tanto a la vida] reza uno de los poemas más bellos de Ungaretti. Natalia Ginzburg no lo dijo en esos términos, casi nunca. Pero así vivió”.

(Pittella, F., 2020, p. 11)

“Lo que debemos realmente apreciar en la educación es que a nuestros hijos no les falte nunca el amor a la vida” afirma Natalia Ginzburg (2021a, p. 147) al final de su ensayo “Las pequeñas virtudes”, publicado en 1960. Esta idea, que a simple vista puede parecer sencilla o evidente, cobra un sentido más profundo para el lector cuando descubre —en el sentido de que *destapa* o *desvela*— la historia de vida de la autora.

En el prefacio a la obra de Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido*<sup>1</sup>, Allport (2004) se pregunta: “¿Cómo pudo él —que todo lo había perdido, que había visto destruir todo lo que valía la pena, que padeció hambre, frío, brutalidades sin fin, que tantas veces estuvo a punto del exterminio—, cómo pudo aceptar que la vida fuera digna de vivirla?” (p. 5). Esta misma pregunta podríamos hoy extenderla a Natalia Ginzburg: ¿cómo es que esta mujer, después de haber atravesado el dolor de las formas más crudas, de igual manera nos invite al amor por la vida? “Conocí bien el dolor después de esa época que pasé en el sur”, afirma la autora en “Mi oficio”, publicado en 1949, “un dolor verdadero, irremediable e inolvidable, que destrozó toda mi vida” (Ginzburg, 2021a, p. 102). En efecto, lo ha experimentado todo: el exilio interior, la persecución política y religiosa, la muerte de su esposo Leone Ginzburg a manos del régimen fascista, la muerte prematura de uno de sus

---

<sup>1</sup> *El hombre en busca de sentido* es una obra de Viktor Frankl, psiquiatra que sobrevivió a los campos de concentración de Auschwitz. Al salir de allí, fundó la logoterapia, una corriente que sostiene que la clave para la supervivencia radica en encontrar un sentido en la vida. Frankl descubrió que aquellos que lograban sobreponerse a la adversidad eran quienes tenían una razón para vivir: la esperanza de reunirse con sus familiares, el deseo de desarrollar un talento o habilidad, rescatar del olvido ciertos recuerdos, entre otros.

hijos, la muerte de un gran amigo, la devastación de la guerra, la depresión e incluso la tentación del suicidio. Pero aun así, nos parece posible leer, de manera continua a través de sus ensayos, una sólida voluntad de seguir adelante, de amar la vida, de aceptar el destino roto de los hombres y de, sobre todas las cosas, enseñar esta forma de ver la vida a los hijos y a las generaciones futuras.

El presente trabajo busca rastrear los modos en que Natalia Ginzburg esboza en sus ensayos un ideal educativo basado en el amor a la vida y en la aceptación del destino roto de los hombres. Entendemos aquí “ideal educativo” como las distintas formas que la autora encuentra para habitar un mundo que se ha vuelto inhóspito. Así, proponemos la posibilidad de que, a partir de la construcción de un *nosotros* familiar, que le sirve de amparo frente al mundo y lugar de transmisión de valores, Ginzburg teja una ética inquebrantable (Barajas, 2017), una posición ante la vida.

H. Castaño (2022), al analizar los lugares de la infancia, la casa familiar y sus alrededores en varios ensayos de Natalia Ginzburg, plantea que, pese a la pérdida y la errancia a la que estuvo sometida, la autora da forma a un cronotopo existencial a través de la escritura, consistente en la búsqueda y consolidación de un refugio o guarida para sobrevivir y afrontar la intemperie del presente y del provenir. Para Ginzburg, el mundo es, en efecto, un lugar frágil. En “El hijo del hombre” (1946), mediante la metáfora del derrumbe de una casa, señala: “Quien ha visto derrumbarse las casas sabe demasiado claramente cuán frágiles son los jarrones con flores, los cuadros, las paredes blancas. Sabe demasiado bien de qué está hecha una casa” (Ginzburg, 2021a, p. 78). Después de haber vivido la guerra, explica Natalia: “jamás volveremos a ser gente serena, gente que piensa y estudia y construye su vida en paz” (p. 78).

A propósito del libro *Las pequeñas virtudes* y en especial del ensayo *El hijo del hombre*, Castaño propone la idea de que la voz narradora apela a un *nosotros* que funciona como lugar de amparo ante la intemperie del mundo. Este *nosotros* refiere, según la autora, a Ginzburg y a sus amigos intelectuales, “figuras que una y otra vez recuperó a través de la memoria y las palabras en sus ensayos dedicados a Pavese, a Calvino, compañeros de ruta que, como ella, sufrieron la devastación de la guerra” (Castaño, 2022, p. 113). En “Retrato de un amigo”, aunque publicado años después de la guerra, en 1957, Natalia recurre a este *nosotros* al recordar la ciudad de Turín: “*Nosotros* ahora vivimos en otra parte, en otra ciudad muy distinta, y más grande. Si nos encontramos y hablamos de nuestra ciudad, lo hacemos sin pena por haberla dejado, y decimos que ahora ya no podríamos vivir allí” (Ginzburg, 2021a, p. 25, el subrayado es mío). Este *nosotros*, alejado ya del tiempo bélico, sigue construyendo no obstante un sentido de comunidad y amistad con Pavese, Calvino, Balbo y demás intelectuales con los que trabajó en la editorial Einaudi.

---

Aparece también en su ensayística un *nosotros* que, además de incluir a sus amigos literatos, apela a todos los intelectuales antifascistas. En “Campesinos”, por ejemplo, Natalia Ginzburg construye un *ellos* que nos permite inferir un *nosotros* por contraste. Al hablar de los campesinos de los Abruzos, con quienes vivió durante tres años, señala: “Ellos no tienen conciencia política, ni siquiera tienen conciencia moral. No pueden tenerla” (p. 75). Al preguntarse cómo habrán ido las cosas después de que ellos partieran, concluye que “habrán llegado los nuevos exiliados políticos, esta vez fascistas, y habrán sido acogidos con la misma simpatía con la que lo fuimos nosotros” (p. 75). Podríamos pensar que, a partir de este *nosotros*, Natalia no solo denuncia la falta de conciencia política y moral en estos pueblos, sino que también realiza cierta proyección ideológica y social. Es, en cierto modo, un llamado a la acción para los intelectuales de izquierda, o al menos un relato que les muestra lo que sucede en estos lugares: “La civilización, si es que podemos llamarla así, avanza a pocos pasos de donde se encuentran, pero ellos siguen en la oscuridad (...). Desconocen el bienestar y por eso no lo desean” (p.75).

Asimismo, se podría plantear que Natalia Ginzburg construye un *nosotros* generacional, que no solo incluye a sus amigos intelectuales, sino también a todos los de su generación. En “El hijo del hombre” afirma: “Hay un abismo insalvable entre nosotros y las generaciones anteriores” (p. 81). Los peligros que enfrentaban esas generaciones eran irrisorios: sus casas no se derrumbaban, los incendios y terremotos no eran frecuentes; meditaban, estudiaban y construían sus vidas en paz. Nada de esto puede experimentar el *nosotros* actual: “nosotros estamos atados a nuestra angustia y, en el fondo, nos sentimos contentos con nuestro destino de hombres” (p. 81). Este *sentirse contentos* será clave en el ideal educativo que ella esboza, por lo que retomaremos la idea más adelante.

Ahora bien, se podría conjeturar que, a lo largo de su obra, Natalia Ginzburg también construye un *nosotros* que remite a lo familiar y que adopta diversas formas según a quiénes apele. A través de este *nosotros*, y a partir de la memoria y sus experiencias como hija, hermana y madre, recupera los lazos que la unen a su familia. Un ejemplo significativo de este *nosotros* es el que establece con su familia de origen en *Léxico familiar*. Allí, al evocar las voces de su infancia y la figura de sus hermanos, explica:

Basta que uno de *nosotros* diga una palabra, una frase, una de aquellas antiguas frases que hemos oído y repetido infinidad de veces en nuestra infancia (...), para volver a recuperar de pronto nuestra antigua relación y nuestra infancia y juventud, unidas indisolublemente a aquellas frases (Ginzburg, 2016, p. 21, el subrayado es mío).

Este *nosotros*, que de alguna manera pertenece más a Natalia *Levi* que a Natalia *Ginzburg*, construye un lugar de amparo en la memoria, pues se constituye como base de la unidad familiar. Al emerger, parece señalarnos la existencia de un “núcleo vital que ya no

---

existe”, pero que resiste a “la corrosión del tiempo” (p. 24), sobreviviendo en el léxico familiar.

Más relevantes aún resultan, para este trabajo, las otras formas del *nosotros familiar* que Ginzburg construye; aquellas que, por ejemplo, remiten a ella y su primer esposo, Leone: “todas las tardes mi marido y yo dábamos un paseo; todas las tardes caminábamos del brazo, hundiendo los pies en la nieve” (Ginzburg, 2021, p. 14); o “cuando comenzaba a caer la primera nieve, una lenta tristeza se apoderaba de *nosotros*. Lo *nuestro* era un exilio: nuestra ciudad estaba lejos, y lejos estaban los libros, los amigos, las vicisitudes varias y cambiantes de una verdadera existencia” (p. 14, el subrayado es mío). Este *nosotros*, que también incluye a sus hijos pequeños, forma un núcleo íntimo que revela las vicisitudes cotidianas de la vida familiar. Con un lenguaje sencillo y directo, nos comparte fotografías de momentos felices: el paseo en la nieve, la compra de naranjas, el afecto de la gente del pueblo..., para luego hacer emerger un *nosotros* más bien nostálgico: “Yo me pregunto si esto nos ocurrió a *nosotros*, a *nosotros* que comprábamos las naranjas en la tienda de Girò y nos paseábamos por la nieve” (p. 20, el subrayado es mío). Un *nosotros* que, lleno de añoranza, posee una profunda conciencia de que ese tiempo ha pasado ya: “Aquella fue la mejor época de mi vida, y solo ahora que ha pasado para siempre, lo sé” (Ginzburg, 2021a, p. 20).

A partir de lo anterior, podríamos hipotetizar que, al igual que el *nosotros* de los intelectuales, el *nosotros familiar* que Ginzburg construye en torno a su esposo e hijos pequeños también cumple la función de amparo que proponía Castaño. De alguna manera, este repliegue hacia lo íntimo y lo autobiográfico, en el que evoca recuerdos de su maternidad, de la vida familiar previa al asesinato de Leone y en el que describe el lazo insondable que la une a sus hijos, nos sugiere la creación de un refugio que le trae consuelo y esperanza.

Cuando escribe “Los zapatos rotos” en 1945, Natalia se encuentra viviendo transitoriamente con una amiga en Roma después del asesinato de Leone. Sus hijos están en Florencia, al cuidado de su madre. Este relato, que comienza describiendo su situación y la de su amiga, y cómo ambas tienen los zapatos rotos, no tarda en dar un giro y evocar la figura de los hijos: “Mi amiga no tiene hijos; *yo, en cambio, tengo hijos*, y a ella le resulta extraño” (Ginzburg, 2021a, p. 22). En este sentido, podríamos leer la evocación de los hijos como amparo frente al mundo. A la intemperie de la guerra, a la pérdida reciente, a las ganas de “mandarlo todo a paseo”, Natalia responde con una conciencia profunda de su maternidad: “Mi amiga dice a veces que está harta de trabajar y que le gustaría mandarlo todo a paseo. Quisiera (...) meterse en la cama y no pensar ya en nada (...), dejar que todo se vaya a la deriva poco a poco. Dice que lo hará cuando yo me haya ido” (p. 24), comienza

---

narrando Ginzburg, para más adelante afirmar: “Yo, a mi vez, me ocuparé de mis hijos, venciendo la tentación de mandarlo todo a paseo” (p. 24).

Esta misma idea de que los hijos la sostienen y la ayudan a vencer el deseo de que todo se vaya a la deriva también podemos leerla en “Verano”. Allí describe su experiencia con la depresión, ese asco en el corazón (Ginzburg, 2021b): “yo quería morir a causa de un hombre, aunque también por muchas otras cosas (...). Del mismo modo que mis hijos habían perdido a su padre, perderían también a su madre” (p. 78). Y entonces, una tarde de domingo, compra un frasco de somníferos, y mientras deambula por la ciudad, piensa en ella y en sus hijos:

Poco a poco fui perdiendo conciencia de su edad temprana, el timbre de sus voces pueriles se apagó en mi interior, les hablé de todo, de los somníferos (...) y de lo que tenían que hacer cuando fueran adultos, cómo tenían que defenderse ante las adversidades (p.78).

El frasco de somníferos la deja postrada en cama durante una semana y, aunque las ganas de morir desaparecen, no vuelven las ganas de vivir. Un día, recibe una carta de su madre que menciona que los niños tienen escarlatina. “Entonces la vieja angustia materna me paralizó el corazón. Tomé el tren y fui para allá” (Ginzburg, 2021b, p. 81). Desde el punto de vista que adoptamos, podemos leer la figura de los hijos como ancla vital, capaz de barrer con todas las cosas fútiles, como bien lo dirá al finalizar el relato:

La vieja nota de la angustia materna bullía dentro de mí (...) barriendo como una turbina a la muchacha danesa, a Giovanna, a la portera de la pensión, el somnífero y los elefantes mientras me preguntaba maravillada cómo había podido interesarme en cosas tan fútiles durante todo un verano (p. 81).

La maternidad es una cuestión central y hasta visceral en la vida y en la literatura de Natalia. Como ella misma señala en su ensayo *La condición femenina*, “entre madres e hijos existe una relación especial, secreta y subterránea, una relación ineludible porque traspasa y confunde a la vez las vías de las entrañas y las vías del espíritu” (Ginzburg, 1973, s.p.). Esta confusión de cuerpo y espíritu la encontramos “Las relaciones humanas”, ensayo de 1953, cuando afirma: “amamos a nuestros hijos de un modo tan doloroso, tan asustado, que nos parece que nunca hemos tenido otro prójimo, que jamás podremos tener otro” (Ginzburg, 2021a, p. 136). El afecto maternal, esa sensación oscura y visceral, hace muchas veces que las mujeres se sientan sin claridad y libertad, como atadas a sus hijos. Pero no existe, explica Natalia, defensa alguna frente a semejante sensación: “La maternidad no es en sí ni motivo

---

de humillación ni de orgullo (...). Lo único esencial es reconocer y amar al mismo tiempo la felicidad y el dolor, inseparables la una del otro” (Ginzburg, 1973, s.p.).

Hasta este punto tenemos un *nosotros familiar* que podríamos leer en clave de amparo frente al mundo. Ahora bien, cabe también la posibilidad de pensar que, a través de este *nosotros* que remite a los hijos, Natalia esboce un ideal educativo, como mencionábamos anteriormente. Un ideal que es, a la vez, centro de su visión de la vida y lugar de proyección hacia los demás, es decir, que se codifica en la transmisión de los valores hacia sus hijos y las generaciones futuras.

Incluso con la “conciencia descarnada de que toda morada puede derrumbarse” (Castaño, 2022, p. 112), Natalia Ginzburg invita al amor por la vida y por la verdad. No son ideas ingenuas; hay, en Natalia, una profunda conciencia de que felicidad y dolor son, como señala en *La condición femenina*, inseparables la una de la otra. La vida transcurre, en realidad, en un péndulo de esperanzas y nostalgias en el que, muchas veces, terminamos viendo rotos nuestros sueños:

Los sueños no se hacen nunca realidad, y en cuanto los vemos rotos, comprendemos de repente que las mayores alegrías de nuestra vida están fuera de la realidad. En cuanto vemos rotos nuestros sueños, nos consume la nostalgia por el tiempo en que bullían dentro de nosotros. Nuestra suerte transcurre en ese alternarse de esperanzas y nostalgias. (Ginzburg, 2021a, p. 20)

No obstante, esta generación de gente sin lágrimas, se siente contenta con su destino de hombres. “Estamos atados a nuestra angustia”, leíamos anteriormente, pero en el fondo, aceptan con abnegación —virtud grande—, la vida que les ha tocado. En palabras de Pitella (2022), tienen un “terco apego a la vida” (p. 11).

¿En qué consiste, entonces, el ideal educativo que Natalia Ginzburg esboza?

Por lo que respecta a la educación de los hijos, creo que no hay que enseñarles las pequeñas virtudes, sino las grandes. No el ahorro, sino la generosidad y la indiferencia hacia el dinero; no la prudencia, sino el coraje y el desprecio por el peligro; no la astucia, sino la franqueza y el amor por la verdad; no la diplomacia, sino el amor al prójimo y la abnegación; no el deseo del éxito, sino el deseo de ser y saber (Ginzburg, 2021a, p. 145).

En esta cita encontramos, quizás, la clave de su visión humanista de la vida, la que le permite construir su ideal educativo. Es el cultivo de las grandes virtudes lo que, al fin y

---

al cabo, permitirá configurar nuevos modos de habitar el mundo después de la guerra, después del dolor.

No debería sorprendernos encontrar, en la historia misma de Natalia, estas virtudes hechas carne. La virtud de la indiferencia hacia el dinero cuando, al regresar con su familia, todos se indignan al ver sus zapatos. Pero ella, en el fondo, asegura que también se puede vivir con los zapatos rotos. La virtud del coraje y el desprecio por el peligro en *Léxico familiar*, cuando cuenta que ha recibido una carta angustiante de su madre, quien confiesa no saber cómo ayudarla. Así, Natalia se da cuenta de que ya no hay protección posible, que debe arreglárselas solas: “[Entonces] subí a uno de aquellos camiones una mañana, y la gente vino a besar a mis hijos, a quienes habían visto crecer, y nos despidió para siempre” (Ginzburg, 2016, p. 125). La virtud de la franqueza y el amor por la verdad son igualmente evidentes cuando Natalia, en “El hijo del hombre”, se opone a la idea de ocultar la realidad a los niños. Los padres y la gente mayor querrían que les mintiesen, que cubrieran de velos su infancia, que mantuvieran oculta la realidad en su verdadera sustancia. Pero Ginzburg responde: “No lo podemos hacer con niños a los que hemos despertado en plena noche y hemos vestido nerviosamente en la oscuridad (...). No lo podemos hacer con niños que han visto el espanto y el horror en nuestra cara” (p. 81). No mentir es acaso el único bien que les ha traído la guerra. Este amor por la verdad también podríamos leerlo en *Silencio*, donde con una mirada sumamente crítica afirma que el silencio hay que contemplarlo desde la moral y llamarlo por lo que verdaderamente es: un pecado. Callan porque se sienten “implicados en una historia cada vez más sucia” (p. 110). Pero “el silencio puede alcanzar una forma de infelicidad cerrada, monstruosa, diabólica. (...) Puede llevar, como se ha dicho, a la muerte” (p. 111). Por eso, “es preciso elegir no ser diabólicamente infelices” (p. 111).

En 1954, tras leer *El diario de Ana Frank* en francés, Natalia recomienda a la editorial Einaudi que lo publique de inmediato. Es ella, de hecho, quien escribe la introducción. Allí resalta la figura de Ana, única niña en el montón de adultos, pero que se siente en realidad como la única adulta. De Ana Frank dice que es

la única que, pensando en la muerte, busca algo que no sea puramente horror o pena; la única que intenta mirar más allá de sí misma, que empuja su propio pensamiento más allá del suceder monótono de esperanza y miedo; la única que busca en su propia historia un significado universal” (Pflug, 2020, p. 116).

En estas virtudes que resalta en Ana, parece asomarse, de pronto, el corazón de su ideal educativo. Acaso lo que destaca de Ana Frank sea el reflejo de las virtudes que ella persiguió hasta morir.

---

Nunca sabremos qué les dijo en su mente Natalia a sus hijos cuando caminaba por la ciudad, en los tiempos del asco del corazón, sobre “lo que tenían que hacer cuando fueran adultos, cómo tenían que defenderse de las adversidades” (Ginzburg, 2021b, p. 78), pero lo que sí sabremos, y tendremos para siempre, es lo que dejó escrito. Y nos parece leer, en su obra, una invitación a mirar más allá de nosotros mismos, a empujar nuestros pensamientos más allá del alternarse de esperanzas y nostalgias en la que transcurre nuestra suerte. A elegir “no ser diabólicamente infelices” (p. 110), a amar la vida e invitar a nuestros hijos a amarla, porque solo “el amor a la vida genera amor a la vida” (p. 164).

### Referencias bibliográficas:

Castaño, H. (2022). Los lugares de la memoria en Natalia Ginzburg y Lalla Romano. *Zibaldone. Estudios Italianos, Volumen10*, 109-123.

Frankl, V. (2004). *El hombre en busca de sentido*. Herder. Versión ePub.

Ginzburg, N. (2016 [1963]). *Léxico familiar*. Lumen. Versión ePub.

Ginzburg, N. (2021a). *Las pequeñas virtudes*. Acantilado.

Ginzburg, N. (2021b). *Domingo. Relatos, crónicas y recuerdos*. Acantilado.

Ginzburg, N. (1973). *La condición femenina*. En Ibáñez Tarín, M. (15 de junio de 2023). Así veía Natalia Ginzburg el feminismo. *Conversación sobre la Historia*. [https://conversacionsobrehistoria.info/2023/06/15/asi-veia-natalia-ginzburg-el-feminismo/#\\_ftnref9](https://conversacionsobrehistoria.info/2023/06/15/asi-veia-natalia-ginzburg-el-feminismo/#_ftnref9)

Pflug, M. (2020). *Natalia Ginzburg, audazmente tímida. Una biografía*. Siglo Veintiuno Editores.

Pitella, F. (2020). A propósito de Natalia Ginzburg. En Pflug, M. (2020). *Natalia Ginzburg, audazmente tímida. Una biografía*. Siglo Veintiuno Editores.